



Andrés Rodríguez Domínguez



Andrés Rodríguez Domínguez

Vino al mundo en El Alosno un día tres de mayo -el día de la Cruz- de 1965. Hijo de Andrés y Juana, era el tercero después de su hermana Mari Carmen y de su hermana Antonia María.

Como cualquier niño de su época, le gustaba jugar con sus amigos en el ensanche de su calle y en “El Santo”.

En sus correrías se iba por el camino de “la Peana” hasta la sierrecilla con sus amigos, donde volaban sus pandorgas hechas de papel y cañas. Su tío Manuel, le trajo de Alemania una bicicleta y era la admiración de sus amigos cuando correteaba alegremente las calles empedradas.



Su madre y su abuela, le inculcaban los cantes por fandangos y aunque era muy niño, ya le pidió a los reyes magos que le trajeran una guitarra.

Tuvo una infancia muy feliz pues en su casa se vivían todos los ciclos del año entre coplas y costumbres. Ponían el portal al llegar diciembre, se dormía en el regazo de su madre escuchando las seguidillas y las panderetas de la Cruz y se iba detrás de Andrés “Fortuna” el tamborilero, cuando se anunciaba la fiesta de San Juan en junio, tocando por las calles con los chiquillos detrás.



Era un crio listo y espabilado, pues terminó parvulitos en el Convento de Santa Ana y salió sabiendo sumar, restar y multiplicar con muy poca edad.

Con tan solo 6 años, un desgraciado accidente cortó su temprana vida y con él se fue una tradición que celebraba su pueblo y que se relata más adelante.



En la memoria y el recuerdo de todos los que lo conocimos, siempre quedará grabada esa sonrisa infantil de aquel gracioso niño alosnero, que se fue a mediados de diciembre, mientras su pueblo cantaba alegre y en lo alto del ropero de su casa, quedó esperando aquella guitarra que pidió a los reyes, sin saber nunca quién la tocaría.

Falleció en el Hospital Provincial de Huelva, un martes 14 de diciembre de 1971, cuando empezaba a vivir.

Todo El Alosno lloró su pérdida inocente y nunca se recuperó de aquel trance, pues desde entonces -hace ahora 50 años- no ha vuelto a unirse para celebrar juntos aquella singular tradición.



Relato de la Romería de “Las Ramas”

El Alosno 12 de diciembre de 1971



Cuando fuimos por las ramas.

Amanecía una fría mañana de mediados del mes de diciembre y sobre poco más de las ocho, empezaron a sonar los soplidos de las caracolas con su ulular agudo que te hacía trasladar a tiempos remotos.

Estas caracolas, las utilizaban de antiguo los pastores para dar órdenes a los perros y para comunicarse entre los cortijos y los caseríos cuando ocurría algo de interés.

También había algunos cuernos de vaca o de carnero, -reminiscencia del shofar de los judíos- y las más usadas eran las cornetas de caza, que eran de metal dorado y las empleaban los mineros para avisar de la voladura de los “barrenos” que era como se llamaban por esta zona a los explosivos.



Nunca he olvidado ese sonido que en mi fantasía de niño me trasladaba a épocas medievales de castillos y bosques encantados.

Yo vivía en la calle el Barrio, sobre el medio, casi frente a la Plaza de Abastos de San Francisco y tenía la gran suerte de que, en la parte de abajo, cerca de donde se colgaba la Cruz de las Azucenas, en “el callejón de la Vicaria” vivían varias de las grandes protagonistas de la fiesta.

Casi al final de la calle vivía Lucita Osorno y un poco más hacia arriba las dos inconfundibles hermanas Anita y Teresa Borrero, por encima la Manuela “Cantalamisa” que era costurera y su marido Ángel “el de Señá Pura” que tocaba la guitarra. Frente vivía la Andrea “del pan” todas ellas con una gracia innata y unos “golpes” alosneros que solo la sabiduría popular y la inteligencia de saber utilizar el lenguaje pueden crear de forma magistral.



Arriba donde se ensancha la calle y que conocemos como “la Vegacha” que también colgaba su Cruz cerca de la Fuente, vivía la Isabel “mara” y sus hijas Manuela y Paca, otra gran estirpe de alosneras que conservan las tradiciones que aprendieron y que saben mantenerlas.

También vivía frente a la fuente mamá Leonor y su hija Pepa, la de Santiago Osorno, otro insigne alosnero que reúne todos los dones habidos y por haber: la palabra, la pluma, el ingenio, la memoria, y el don de gente que le inculcó su madre la Juanita “Pititi” dulce y cariñosa como pocas. También era muy “aparente” la Curri Novoa, toda la familia de Plácido y la de Aurelio y la Mariquita Salguero. En la casa grande de Rosa “Fichí” Vivian Tomás Carrasco, maestro de cascabeleros y su mujer Isabel. En esa Vegacha, donde las noches al fresco eran corrillo de vecinos que contaban historias mundanas de íntimas épocas.



Más arriba ya en la calle El Cabecillo, habitaba la inigualable Nico “la bizcochera” que le venía de herencia el ingenio y el buen humor con el que la crió su madre.

Mujeres más valientes no he visto en esta vida. Eran tiempos de penurias y escasez, pero ellas hacían de lo cotidiano algo extraordinario y supieron criarnos a hijos y vecinos con una ilusión y cariño, que nos ha acompañado de forma entrañable a lo largo de nuestra vida.

Bueno, pues las que vivían abajo, alertaban a las de arriba con el sonido de las cornetas y las de arriba les respondían con repiqueteos de panderetas con una destreza inigualable y como decimos por aquí “ellas están descompuestas”.



Todos esos sonidos los percibía desde mi habitación y mi instinto me decía que algo extraordinario estaba sucediendo. Me levantaba de un salto y mi madre me tenía preparado en la mesa de la cocina el café “migao” con la leche que había traído la Ignacia Carrasco que también era muy “aparente” y “atuaba” con todas las alfayatas de la calle pues había muy buena vecindad y armonía.

La noche antes mi madre y mi hermana habían subido al doblao de la casa grande y encontraron en los baúles unas pamelas antiguas y las arreglaron con cintas y lazos pues era primordial que las mujeres fueran engalanadas al ser ellas las protagonistas de la fiesta.



En el paseo de arriba esperaban varias “camionetas” y en la casa de la Manola, la de Sebastián el de los cupones, ya sonaban las panderetas de su hermana “La Sanche” y toda la familia de “los Gasparitos”.

Allá arriba en “El Santo” y en la calle Humilladero también había un rincón mágico de sabias mujeres. La María Rosario “la Bizcochera” que entonaba antiguas coplas de siglos pasados, aprendidas de generaciones matriarcales.

Se reunían con ella la Juana Domínguez, la Pepa Mora y la Francisca Moreno que sabía cantar los Celos de San José y la Nana del Niño. Su hermano Juan Moreno “el fontanero” hacía siempre la candela para que se sentaran alrededor y así cantar juntas todo el repertorio de coplas que los niños de la calle escuchaban ensimismados junto al fuego.



Recuerdo a mucha gente entrañable: la Antoñita de la Josefina y su marido Antonio Carrasco, la María Sequedo y Juan, la Dolores del Álvarez y su marido Santiago “el de la carne” junto a su inseparable María. La Juana Martín y su marido Antonio “Requemo”, la María Rosario de Mariano Ballesteros que tenía su tienda de ultramarinos en la calle Real y canta también multitud de coplas antiguas y la hermosa plegaria a la Virgen de Gracia, la Leonor Fiz que es un libro abierto, la Lola Capilla, la Rosario Correa la del “Tiralé” y su hija Paca.

La María Barba y su Marido Manolo Lisardo, que era gran conocedor y cronista de la historia del pueblo y que asesoraba a los periodistas que venían a hacer reportajes de las costumbres de El Alosno y a un sinfín de personas anónimas que nos dejaron su arte, su gracia y construyeron con su herencia recibida, lo que hoy poseemos como patrimonio inmaterial de folclore popular.



Esta Romería de adviento casi al final del otoño, en sus inicios era completamente un día donde se reunían solo las mujeres para ir por ramas y traerlas al pueblo para montar el portal de Belén. Tan solo algún hombre mayor se encargaba de las bestias y monturas, aunque en aquella época casi todas eran buenas ginetas.

Con el tiempo la Romería pasó a ser familiar, pero las mujeres seguían siendo las protagonistas principales de todo cuanto acontecía y los hombres y los niños las acompañábamos y las disfrutábamos en todo su esplendor.

Si queréis conocer la historia de la fiesta, en el siguiente enlace podéis informaros ampliamente de todo.

<https://alosnocultura.com/2015/09/30/romeria-de-las-ramas/>



Desde hacía unos pocos años, al haber aumentado el número de personas que se unían al festejo, se decidió buscar un lugar amplio y espacioso para dar cabida a todo el personal. Los campos cercanos al pueblo, eran de difícil acceso y no se podía llegar en vehículos ni tampoco se podía juntar a tanta gente.

Se encontró un lugar apropiado en la carretera que va a la capital, entre San Bartolomé de la Torre y Gibraleón.

Allí había una antigua venta de camino, donde en los años 50 se reunían los grandes aficionados del cante y se compartían estilos de fandangos y toques de guitarra, lugar estratégico de camino: “La Venta El Cano”.

Era un lugar ideal para celebrar la Romería de las Ramas, porque era muy llano y espacioso, e incluso más hacia dentro discurrían algunos cauces de agua donde se criaban las ansiadas ramas de mortiños que eran el fundamento de la celebración.



La Inés de Pepito que es una persona dispuesta, competente y eficaz; se encargaba con su marido Manolo “el de la Luz” de organizar la comitiva de las camionetas, pues Manolo era conductor de la empresa Damas. La Inés atraía mucha gente para “las Ramas” y venía toda su gente de Lepe y quien ella pudiera entusiasmar contándole todos los pormenores del evento.

Partían desde el paseo tres camionetas, más las furgonetas de algunos comerciantes, más los coches particulares. Poca gente se perdía el jolgorio de ir por las ramas porque era una celebración muy sentida y esperada

“Por las ramas se iba en burro,
ahora se va en camioneta
¿quién no le da gusto al cuerpo
sólo por 30 pesetas?
San José dirá, estas alosneras
son muy comodonas, las repuñeteras”.



De la calle Santos, venía la Isabel “de los Montes” y la María Rosario “del perdigón” que canta los fandangos con un estilo muy puro y es también de las buenas alfayatas del pueblo. No podían faltar, la Francisca de la Isidora porque ella no se perdía nunca nada y siempre me decía niño: “se acabó un amasijo y otro corriendo”.

Tampoco faltaba la inigualable Manuela “la Latera” que “repiaba” la pandereta que parecía que se le salía la mano del brazo.

¡Que alegría se desbordaba esa mañana de las ramas en El Alosno! Recuerdo ese día como el de la gran familia alosnera que surge en algunas fechas señaladas, donde todos nos sentimos unidos por unos vínculos invisibles que nos hacen sentir miembros de un antiguo linaje.



Las camionetas paraban en San Bartolomé para comprar vino mosto que algunos bartolinos elaboran y está buenísimo y que, en esta fecha del año, estaba propio para el consumo y era la bebida ideal para acompañar las carnes de la “matanza”.

Los bartolinos esperaban gustosos el día que pasaban las gentes de El Alosno, porque escuchaban las típicas coplas al compás de las singulares panderetas y disfrutaban viendo a las mujeres engalanadas y a todo el pueblo vecino que pasaba por el suyo cantando y lleno de alegría.



Una vez que se llegaba la “Venta el Cano”, la gente se distribuía en reuniones de familiares, amigos y vecinos.

Las ganas de compartir todo lo que cada uno llevaba era el propósito de cualquiera. Se encendían las candelas y en las parrillas se asaban los lomos, los costillares, los pestorejos, los “bendos” de tocino “entreverao” y de veta, los chorizos frescos blancos “franceses” y los “coloraos” que se envolvían en papel de estraza mojado en vino y se metían en las ascuas para que se asaran con ese aroma inconfundible.

“Hasta las ranas del charco comieron pringue y café”, cantaban las reuniones mientras humeaban las candelas de “chapoa” y los tueros de encina.



La Magdalena “Tocino” me dio a probar dulce de boniato con nueces y me dijo como lo hacía. Otra te daba a probar el picadillo de culantro, la asadura aliñá con cebolla fresca, una olla de cachuela con su majao de especias... mi madre hacía una ensalada de col que está exquisita. Se la enseñó mi abuela que era de la sierra, de Cumbres Mayores y lleva el pan “tostao” y migao dentro del hornillo de encina.

El dulce de membrillo hecho casero, otras cocían las gamboas con canela y azúcar como un almíbar.

*“Unos llevan peros y nueces,
otros bellotas y castañas,
otros llevan el pan pelao
y el canasto con las cañas”.*



Se preparaban comidas especiales, dulces y sanas bebidas. Algunos zagalones metían el dedo en la “mitailla” de aguardiente de su padre para chupárselo y percibir el dulzor del brebaje alosnero por excelencia. Se cantaban las tradicionales coplas de las ramas, en las que se narraban los acontecimientos más populares del momento e incluso representaban teatrillos y pasillos cómicos como si fueran artistas consumadas.



Venían desde Huelva periodistas de diario Odiel y también reporteros de Radio Popular de Huelva que hacían transmisiones de la gente cantando y que las ondas lanzaban a las radios de toda la provincia.

Por la tarde a la hora del café con las tortas “follás”, ya se entonaban esos fandangos acompasaos como solo las mujeres saben hilvanar al toque de la guitarra, y el cielo se impregnaba de melodía, de un aroma inconfundible que nace de la raíz de los pueblos y te hace sentir tribu, como si pertenecieras a otra raza diferente en esos momentos.

Es algo mágico que no puede describirse, solo sentirse, por eso te resulta necesario todo ese cúmulo de sensaciones.

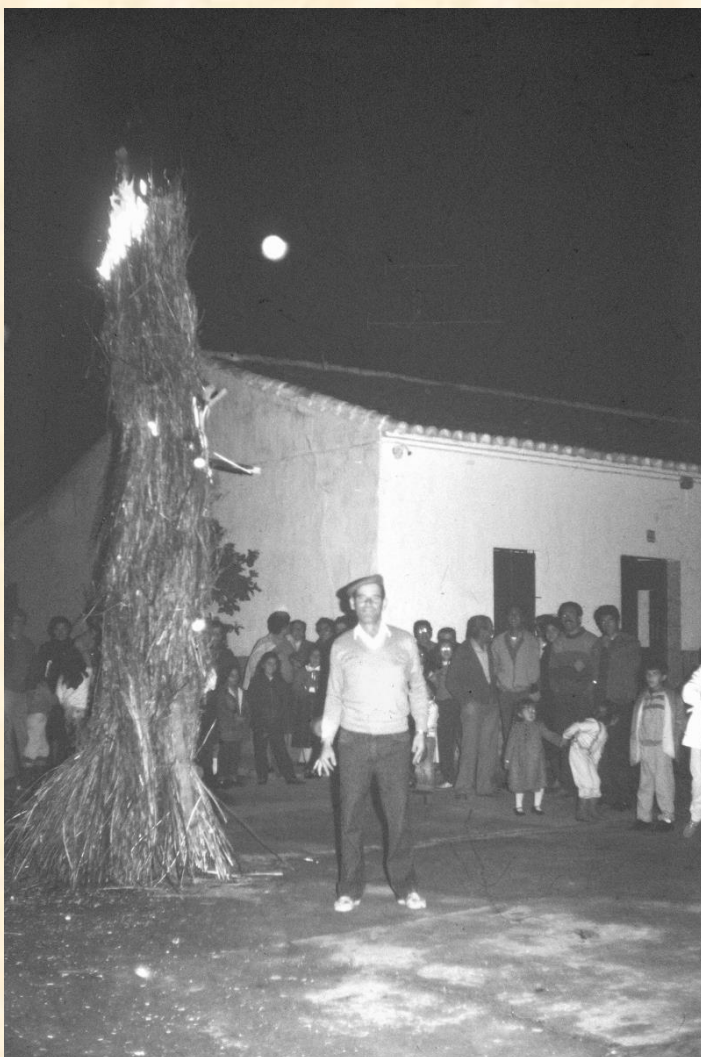


*“En la minilla del corcho
pusimos la cafetera
veinticuatro tazas hizo
tres veces se puso llena”*



Ese año de 1971, se fue por las ramas el domingo 12 de diciembre, pues la costumbre indica que una vez pasada la fiesta de “la Hacha” en el día de la Pureza, el domingo próximo o el siguiente a más tardar es cuando hay que ir por las ramas para poner el portal de Belén.

En la época de mi madre, las mayores realizaban “La Jornadita” que daba comienzo el día 16 de diciembre pues era una novena preparatoria (9 días antes) al nacimiento del Niño, donde se narraban las jornadas que la Virgen hacía de camino a Belén. El portal mejor montado de cada calle se escogía para rezar las Jornaditas, mi madre iba con sus hermanas al portal de la Dolores de “Pinea” y tras los rezos, las mayores cantaban y las niñas bailaban delante del portalillo.



Volvemos a aquel 12 de diciembre de 1971 y como en medio de todo paraíso, siempre existe algo que lo hace vulnerable a la tragedia, este lugar tenía un inconveniente que no se supo prever.

Por allí pasaba la carretera general que iba a Huelva y era una recta muy larga donde los vehículos solían circular a más velocidad de la permitida.

Los padres nos tenían rotundamente prohibido cruzar esa carretera bajo pena de toda clase de castigos, pero ya sabemos que los niños y jóvenes nunca sabemos ver el peligro.

Recuerdo que mi hermana que es mayor que yo, había pasado al otro lado con unas amigas y yo le fui a pedir permiso a mis padres, diciéndole que me iba con mi hermana para que así me dejaran cruzar. A regañadientes y con mil exigencias me dejaron ir, mientras ellos me vigilaban y al llegar al otro lado yo les hice señas con la mano en alto de que había cruzado sin problema.

Al poco rato de estar en esa zona de frente, se escuchó un golpe seco que no sabría describir, aunque su sonido se me quedó grabado para siempre. Al momento sonaron gritos y todos los que allí estábamos nos quedamos paralizados porque percibimos de inmediato que algo muy grave acababa de pasar.

Sin saber cómo, nos dirigimos de momento hacia la carretera y allí descubrí que un coche había atropellado a un niño. Estaba rodeado de alguna gente y un impulso me llevó hasta el lugar donde se encontraba, era en la cuneta y lo vi allí tendido.

Estaba como dormido y le faltaba un zapato. Yo era muy crío, tenía 10 años y esa imagen me ha acompañado siempre, pero no de forma trágica ni traumática, porque estaba como dormido, sin sangre ni heridas que desfiguraran su rostro.

Era solo un niño de tan solo 6 años y así quedó grabado en mi memoria de niño también.

Una losa de congoja recorrió de momento la explanada y nadie podía dar crédito a lo que estaba sucediendo. La alegría y la euforia que tan solo unos instantes se vivía, había dado paso al lamento ahogado y a un silencio desconcertante.

Por lo visto un coche avanzaba rápido, pues su conductor venía de una boda y estaría un poco eufórico. Se distrajo mirando a la gente que estaba de fiesta y no vio al niño que cruzaba en ese momento. Si hubiera venido con la prudencia necesaria todo se podría haber evitado, pero ya sabemos que los accidentes cuando ocurren no tienen explicación lógica y como dicen los mayores “lo que tiene que pasar tiene mucha fuerza”.

El mismo conductor, llevó al niño al Hospital Provincial que estaba junto a la Iglesia de la Merced en Huelva, estaba muy grave.

Tenía derrame cerebral, dañado el bazo y diversas fracturas en las extremidades. Antes no existían los avances médicos de ahora y no había posibilidad de que se salvara.

Al momento de llevarse al niño a Huelva, la gente tenía todo recogido para volver de inmediato al pueblo, pues el impacto había dejado a todos conmocionados de tal forma que los rostros de la gente tenían la mirada perdida, como ausente.

Es curioso como una alegría tan desbordante, puede transformarse en una tristeza tan honda, eso me quedó muy claro desde niño.

Al llegar al pueblo, la poca gente que no había asistido, se quedó muy asombrada de que las camionetas llegaran en silencio, pues siempre venían cantando de forma impresionante.

- “Algo ha pasao seguro” decía la gente por la calle nueva cuando vieron llegar las camionetas en silencio
-antes no había móvil y la noticia no había llegado al pueblo-.



Dos días permaneció inconsciente nuestro niño Andrés, 48 horas de angustia pendiente de un hilo de vida.

Su madre, la Juana Domínguez, desenvolvió el papel de un caramelo para meterlo en su boca y Andrés abrió por un instante los ojos y miró a su madre. Fue la única vez y el único gesto que hizo, sin decir palabra alguna, hasta que se quedó dormido para siempre aquel martes 14 de diciembre de 1971.

Para estas circunstancias no hay palabras, así que es mejor no decir nada.



La fiesta alegre de la Romería de las Ramas, ya nunca más volvería a ser igual en el pueblo de El Alosno.

Pasados un par años, los vecinos de algunas calles, comenzaron a ir en grupo a por las ramas a campos cercanos. Los de la calle La Fuente, suelen ir a “Las Cantaeras” y la gente de la calle Real y la calle la Feria con otros que se apuntan, suelen ir por la zona del Puente de Garganta Fría”.

El encanto y la magia de ese día, se sigue degustando como antaño. Pero ya nunca más ha ido todo el pueblo junto y unido como hace ahora 50 años.

La Romería de las Ramas, no ha perdido su esencia, pero ya no es la gran familia alosnera la que marcha junta hacia el campo.

Las historias de los pueblos son las que deciden los distintos avatares de sus habitantes y esta triste historia marcó un antes y un después en la celebración de una vivencia muy entrañable para el pueblo de El Alosno.

Mucha gente de mi generación recordamos siempre este suceso al llegar diciembre y no hay una vez que pasemos por aquella “Venta el Cano” que no recordemos al niño Andrés que partió a otro mundo mientras su pueblo disfrutaba unido.

Todos sabemos que la vida sigue, tenemos que seguir su curso con los golpes y las enseñanzas que ella nos va mostrando y así cada año al llegar esta época del año seguimos cantando: ***“Cuando fuimos por las ramas”***

La idea de este trabajo me la propuso la **Antonia María Rodríguez Domínguez**,
hermana de Andrés.

La hemos relatado como principal homenaje a la memoria de este niño alosnero que recordamos siempre con cariño.

También va dedicada a toda esa generación de mujeres alosneras que han sabido siempre aportar lo mejor de sí mismas, destacando a **Juana Domínguez Catalán** -su madre- pues desde aquel día su vida se desmoronó para siempre.



También debemos recordar a esa gran generación de alosneros que en aquella época trabajaban en la mina y supieron ser ejemplo de honradez y honestidad para todos su hijos.

En la foto tenemos el primero por la derecha a **Andrés Rodríguez** -su padre-
La vida también le golpeó duro, pero fue capaz de superar las adversidades y junto a su esposa tuvieron la valentía de traer otra gran mujer al mundo: su hija **Andrea**.





Que las historias nos enseñen
siempre a conocer mejor quienes
somos y el porqué de cuanto hoy
vivimos.

Antonio Blanco Bautista

12 de diciembre de 2021

-50 años después-



